

Alejandro José López Cáceres

# Catalina todos los jueves



Universidad  
del Valle

Programa  Editorial

Con el libro titulado *Catalina todos los jueves*, selección de cinco cuentos, el autor nos propone una bellísima forma de ver y de ser visto, de comunicar la percepción que tiene de los otros y dar cuenta de su propia interioridad. En estos relatos construye una mirada crítica y consecuente con el camino recorrido a través de su vida literaria y de su propia existencia. La suya es una experiencia gozosa desde la cual se ejerce la libertad de la ironía y el juego paradójico de voces e historias de parejas, desde la cual se cuentan momentos de conquista amorosa, con sus búsquedas y desenlaces insólitos, con sus rencores y rupturas, y con el eterno ejercicio de la ley del deseo y la pulsión de muerte.

María Eugenia Rojas Arana



Universidad  
del Valle

Programa  Editorial

# Catalina todos los jueves



Colección El Solar  
Escuela de Estudios Literarios

## **Alejandro José López Cáceres**

Licenciado en Literatura, Especialista en Prácticas Audiovisuales, Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle (Cali), Doctor en Literatura y Medios Audiovisuales de la Universidad Complutense de Madrid. Finalista en varios concursos nacionales e internacionales, entre ellos, Art Nalon Letras 2003, en cuento corto (Asturias, España). En 1999 obtuvo el primer puesto de la Asociación Iberoamericana de Televisiones Regionales y Afines, en reportaje (Valencia, España). Ha publicado los libros de crónicas y reportajes *Tierra posible* (1999) y *Al pie de la letra* (2007); los libros de ensayo *Entre la pluma y la pantalla: reflexiones sobre literatura, cine y periodismo* (2003) y *Pasión Crítica* (2010); los libros de cuentos *Dalí violeta* (2005) y *Catalina todos los jueves* (2012) y la novela *Nadie es eterno* (2012). En 2016 ganó el Premio Autores Vallecaucanos Jorge Isaac en la modalidad Ensayo con *El arte de la novela en el post-boom latinoamericano*. Sus ensayos sobre literatura, cine y periodismo han sido publicados en diversas revistas universitarias e integrante del taller literario Botella y Luna. Es profesor en la Universidad del Valle, donde ha sido director de su Escuela de Estudios Literarios.

# **Catalina todos los jueves**

Alejandro José López Cáceres



Colección El Solar  
Escuela de Estudios Literarios

**Universidad del Valle**  
**Programa Editorial**

Título: *Catalina todos los jueves*  
Autor: Alejandro José López Cáceres  
ISBN: 978-958-670-969-9  
ISBN PDF: 978-958-765-580-3  
DOI:

Colección: El Solar - Escuela de Estudios Literarios

**Primera Edición Impresa febrero 2012**

**Edición Digital febrero 2018**

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz

Director del Programa Editorial: Francisco Ramírez Potes

© Universidad del Valle

© Alejandro José López Cáceres

Diseño y diagramación: Unidad de Artes Gráficas

Ilustración de carátula: Ever Astudillo

Diseño fotográfico: Over Espinal

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, febrero de 2018

## Contenido

Prólogo	9
Aplausos para vos	17
La barra	31
Te vendo mi corazón	43
La cita	55
Catalina todos los jueves	61

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## Prólogo

Con el libro titulado *Catalina todos los jueves*, selección de cinco cuentos, el autor nos propone una bellísima forma de ver y de ser visto, de comunicar la percepción que tiene de los otros y dar cuenta de su propia interioridad. En estos relatos construye una mirada crítica y consecuente con el camino recorrido a través de su vida literaria y de su propia existencia. La suya es una experiencia gozosa desde la cual se ejerce la libertad de la ironía y el juego paradójico de voces e historias de parejas, desde la cual se cuentan momentos de conquista amorosa, con sus búsquedas y desenlaces insólitos, con sus rencores y rupturas, y con el eterno ejercicio de la ley del deseo y la pulsión de muerte.

En estos cuentos hay un trabajo provocador que pone en jaque el discurso vigente e ilusorio a que nos tiene acostumbrados el poder institucionalizado, especialmente en ciertos relatos del melodrama clásico. El autor nos regala aquí un abanico de posibilidades distintas, de atmósferas y personajes ciudadanos configurados en esa sinceridad literaria que busca dar respuesta coherente a su necesidad dramática. Pero también a su propio capricho de escritor, ese mismo que pone en juego la más sofisticada de sus paradojas al hacernos creer que habla del mundo equivocado que percibe, cuando, en realidad, nos habla de sí mismo en su identificación cómplice con nosotros, sus lectores, para revelarnos así nuestras crisis de afecto y nuestro insaciable deseo de amor.

En su anhelo por nutrirse de imágenes y atmósferas nuevas, el autor transita por ciudades tantas veces imaginadas en sus lecturas, en las historias de aquellos que, como él, buscaron el viaje como pábulo de su escritura. Asume la investigación y el cambio como necesidades éticas y estéticas para exorcizar, de manera creativa, la soledad y el hastío que provocan las grandes urbes, lo cual, entonces, alimenta y altera su modo de contar historias, como podemos ver en el primer cuento de este libro.

Podría decirse que el interés manifiesto, y uno de los temas dominantes de la obra narrativa de López Cáceres, es evidenciar *los dramas del deseo*. Otros asuntos que lo inquietan profundamente son *el espectro de la culpa* y también *la relatividad de la verdad*. Todos estos motivos funcionan en su obra como obsesiones, en combinaciones diversas desarrolladas en mayor o menor escala en cada relato.

La concepción freudiana del deseo se refiere fundamentalmente a la representación psíquica inconsciente que es determinada por impulsos biológicos y sexuales como parte central de las motivaciones y motor obligado del itinerario vital de los seres humanos. Éste se manifiesta como un retorno de lo reprimido en forma de síntoma. Cuando alguien desea un objeto, lo dota de una carga libidinal o manifestación dinámica en la vida psíquica de la pulsión sexual, tan fuerte que lo convierte en necesario para su existencia, y esto hace que esa persona se lance en su búsqueda. Un primer nivel dramático está representado por los obstáculos que el sujeto debe salvar o las transgresiones que debe ejecutar para acceder al

objeto deseado. Esto le ocurre al inmigrante colombiano Filomeno Cortés en el cuento “Aplausos para vos”, cuando conoce a Anka Voicu, la bellísima joven rumana que ha llegado a hechizarlo con su mágica presencia, en medio de la ciudad de Madrid, hostil y desconocida.

Pero aún en el caso de conseguir el objeto deseado, es propio de lo humano que nos sentimos condenados a transitar hacia un nuevo estadio dramático, el cual nos lleva a desear de nuevo y a que nos comprometamos en una nueva búsqueda de ese Otro siempre fantaseado, que nunca encontraremos. La historia de Valentina Price y Michael Rodríguez, en el cuento “Te vendo mi corazón”, es la metáfora perfecta de este desplazamiento que va de un propósito a otro, en un juego constante entre ambiciones y anhelos que se vuelven incompatibles y que acaban por desbaratar la vida afectiva de los personajes.

En el cuento “Catalina todos los jueves”, la protagonista realiza el perverso tránsito de sus apetencias pasando vertiginosamente de un amante a otro. El objeto de su deseo es variable y contingente, primero un baterista de rock y luego un vendedor de frutas, quienes necesariamente registrarán el sorpresivo corolario de aquella pasión. Así el relato escenifica acertadamente la exploración literaria de la movilidad del deseo y las implicaciones definitivas de su pulsión. También sabemos por la teoría psicoanalítica que el desplazamiento de la carga libidinal sólo se detiene con la experiencia de la propia muerte, puesto que sólo entonces concluye la ley del deseo. Este es el trasfondo que nutre las conquistas amorosas

contadas por López Cáceres y la resonancia que logran tiene que ver con su permanente búsqueda por trascender lo meramente anecdótico.

Aunque ninguno de los cinco cuentos presentados en este libro tiene como tema dominante aquello que denominé como *el espectro de la culpa*, quisiera registrarlo en estas líneas por la importancia que tiene en la obra narrativa de su autor. Se puede advertir en otros cuentos, como “La graduación”, o “Dalí violeta”. Remito en este sentido a la reseña crítica que aparece en el libro *Cada uno con su cuento. Antología comentada de relatos de escritores colombianos contemporáneos*, de mi autoría. La importancia de los motivos recurrentes en el conjunto de una obra ha sido comentada por el propio autor en una entrevista que concediera a María Fernanda Correa y Ramiro Padilla, publicada por la revista *Aurora boreal*: “No creo que un escritor escoja sus temas. Uno puede, claro, redactar sobre cualquier tema; pero escribir es otra cosa, la literatura es otra cosa (...) En todo caso, no deja de ser curioso que uno de los expedientes indispensables para que un escrito devenga en literatura sea precisamente la capacidad del autor para abandonarse a sus obsesiones, a sus fantasmas”.

En relación con *la relatividad de la verdad*, éste es tal vez el tema en el que se dejan notar con mayor nitidez algunas de las influencias literarias más profundas de este autor: Jorge Luís Borges y Juan Carlos Onetti. En los relatos de estos dos grandes maestros la realidad narrada tiene el carácter de una versión entre otras posibles. Los hechos son contados de una cierta manera y siempre está abierta la posibilidad

de que hayan sucedido de otra, es decir que en sus relatos la verdad tiene un valor relativo. Esta misma desconfianza sobre aquello que puede darse por cierto la vemos claramente en cuentos como “La barra” y “La cita”. En el primer caso, nos encontramos con una serie de versiones sobre la misteriosa identidad de Samia, la mujer que ha acaparado la atención de Kike, el muchacho que narra la historia. En el segundo caso, el protagonista y narrador nos cuenta lo que le sucede con su noviazgo tras escuchar de una amiga suya, la intrigante Johanna, una versión sobre el comportamiento de su prometida, la joven Martina. Pero, ¿cómo han sucedido las cosas? López Cáceres, al igual que sus maestros, parece alertarnos en el sentido de que no deberíamos creernos tan fácilmente aquello que nos han dado como verdad. El escepticismo como base de la cosmovisión narrativa es una manera de apartarse de las imposiciones dictadas por cualquier dogma, especialmente en contextos que tienden al fanatismo.

Dos particularidades más quisiéramos destacar en los cuentos de este narrador antes de cerrar esta presentación. La primera tiene que ver con el fuerte sentido de época que tienen sus historias y con su visión crítica de la realidad contemporánea. Como lo indicó Gonzalo España en la reseña que le dedicó al libro “Dalí violeta”: “Muchos autores se esfuerzan por entrar en sintonía con su época, sin lograrlo, así ensayen temas de actualidad, pues el asunto no consiste en abordar el narcotráfico o el fútbol, la contaminación ambiental o la congestión vehicular de las ciudades, sino en captar en forma oportuna el alma

de una sociedad y el impacto humano de esos fenómenos. En cambio López Cáceres, el autor de ‘Dalí violeta’, lo logra con facilidad”.

Al indagar las cotidianidades de sus personajes, López Cáceres nos muestra las calamidades y esperanzas que envuelven los itinerarios del inmigrante actual, como en “Aplausos para vos”. O nos revela las incertidumbres que se generan en un mundo mediatizado donde solo nos enteramos de los hechos a través de versiones calculadas y manipuladas, como en “La cita”. También nos permite dimensionar los embrollos que esta modernidad dominada por el imperativo de lo mercantil provoca sobre las relaciones de pareja, como en “Te vendo mi corazón”, “La barra” y “Catalina todos los jueves”.

Señalaremos finalmente nuestra coincidencia con Ricardo Sánchez cuando subraya la calidad narrativa de los cuentos de López Cáceres. Hay en ellos una atmósfera de tensión que los atraviesa de principio a fin y que sabe mantener en vilo al lector. La cuidadosa factura que podemos advertir en los relatos que integran este volumen que ahora presentamos es el producto de una concepción de la escritura madurada a lo largo de los años. Cerremos estas palabras recordando las que utilizó Oscar Osorio cuando en su momento reseñó la aparición del libro “Dalí violeta”: “No solamente las historias y los temas, o la indagación por nuestra condición humana y nuestro ser social, justifican este libro: el buen contar, el detalle adecuado, el giro narrativo, la simultaneidad de planos, la frase precisa, la gracia de la forma, la ambientación justa, el símbolo potente, el gracejo o la irreve-

rencia o la ironía son, entre otras, las características de estos cuentos que procuran la felicidad del lector”.

María Eugenia Rojas Arana

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## Aplausos para vos

A los veinte minutos de entrar en el estudio ya te habías acostumbrado. Un tipo levantaba ese cartel en que aparecía el letrero “Aplausos” y todos obedecían. Vos hacías lo mismo porque te explicaron, desde el principio, que en eso consistía el asunto: aplaudías y a la salida te pagaban quince euros. Y habías llegado como la mayoría de los que estaban allí; o sea, por la famosa, por la maldita crisis económica. En fin, el caso es que la cita inicial era en la estación de metro Plaza de Castilla. Ya después repartirían la gente de acuerdo con las necesidades de *público* que tuvieran los diferentes programas; porque se trataba de eso, de salir en televisión. Aclaremos: ni como estrella, ni en calidad de invitado, ni porque te fueran a preguntar nada; faltaría más. Pero por algo se empieza, Filomeno, y vos nunca fuiste un hombre de poca fe.

Como te dijeron que debías estar puntual en la estación, a las 8:00 de la mañana, preferiste llegar un poco más temprano. Al cabo de un rato comenzaron a aparecer los demás. Y el hecho de que fuera tu primera vez allí, te acrecentó la curiosidad; así que te pusiste a analizar la gente. Había hombres y mujeres por igual. A grandes rasgos, se distinguían dos tipologías: de una parte, españoles jubilados con el cabello tinturado y vestimenta juvenil; de otra, latinoamericanos varados, indocumentados con toda seguridad. Paquita, la encargada de llamar a lista y organizar las cuadrillas, arribó a la hora exacta. Venía con papel en mano y ajustada circunspección. Tan pronto como

los más impacientes empezaron a rodearla, ella se desmarcó, dio tres pasos atrás y dictaminó con tono castrense:

—¡Venid de a uno, joder!

Te sentiste regañado, Filomeno, porque vos eras el que estaba más cerca de ella. Sin embargo, te consolaste pronto al recordar que en Madrid la gente suele hablar con hosquedad. No había razón para deprimirse. Decidiste, entonces, aguardar un poco, dejar que otros se reportaran y acercarte sólo cuando Paquita mostrara un mejor semblante; pero tus planes de espera se transformaron drásticamente con una aparición repentina. Bueno, a decir verdad, cambiaron más cosas: tu malestar previo, tu percepción del clima, tu noción del tiempo y, sobre todo, tu ritmo cardiaco. La ciudad misma pareció perfeccionarse con cada paso dado por esta mujer que acababa de llegar. Salió de la boca del metro y se fue directo a donde Paquita:

—Soy Anka Voicu.

Repetiste su nombre en un sollozo, como si fuera un mantra que activara el deseo. Te incorporaste rápidamente para reportarte, aunque tus intenciones eran otras. En efecto, conseguiste ver de cerca a la recién llegada: ojos azules, piel de armiño, cabello negro, falda gris, abrigo de cuero marrón. Y cuerpo de sueño nocturno bajo una catedral de cristales oscuros mientras llueve leche sagrada venida de la antigua Babilonia para instaurar eternamente el significado de la palabra hermosura.

—¿Y usted? —arremetió Paquita.

—Filomeno Cortés.

—Métase en la cuadrilla que va para el programa “Sálvate si puedes”, con la chica rumana que va ahí.

A veces no se tiene suerte, Filomeno; pero a veces sí. Con todo, a la fortuna es preciso echarle una mano y en este momento no se te ocurría cómo. Mejor dicho, una trabazón de ansiedades se montó sobre tu cabeza durante el recorrido hacia el estudio televisivo. Y semejante nido de cigüeñas incubó en su centro, todo el tiempo, una pregunta fija. ¿Cómo hacerte con el número telefónico de Anka Voicu? Por cierto que en la memoria de tu móvil recién adquirido tenías, por ahora, muy pocos registros: el dato de tu madre, de quien te despediste ocho días atrás con la promesa de regresar pronto a Colombia; el de la casera que te alquiló aquella habitación diminuta pero barata; el del muchacho cubano que vivía en el cuarto de al lado, el mismo que te había dicho: “Apúntate esta referencia y preguntas por Paquita, chico, que ahí te puedes ganar unos cuantos euros mientras consigues algo mejor”. Bueno, *algo mejor* a estas alturas habría sido tener el dato de aquella preciosa mujer rumana; pero como no has puesto de tu parte y preferiste imitar a una marmota durante todo el camino, ni modo.

Cuando el autocar llegó a su destino, se detuvo en un portal muy grande. Al bajar trataste de acercártele a Anka Voicu; pero, tan pronto como todos se apearon, les indicaron pasar rápidamente a una sala de espera. Había allí más gente aguardando. De entrada, la chica de tus sueños se encontró con dos amigas y, luego de un expresivo saludo, se pusieron a conversar animadamente en un idioma que te pareció rarísimo. Por eso es que no se pueden desaprovechar las oportunidades, Filomeno.

Diez minutos más tarde apareció Paquita. Se paró al lado de una mesa larga que estaba dispuesta lateralmente en el salón y sobre la cual había dos abultamientos, de mediano tamaño, tapados con un mantel blanco. Los demás concurrentes hicieron una fila y vos, por supuesto, estuviste atento para procurarte el sitio de privilegio que requerías. Pero fue imposible: las tres amigas permanecieron estrictamente juntas y Anka Voicu se puso justo en el medio. Paquita retiró el mantel y empezó a entregarle a cada quien un sándwich y una bebida gaseosa. Apenas terminó con la repartición, pasó a las instrucciones:

—¡Apagad, todos, el móvil!

Su dictamen fue acatado inmediatamente. Cuando miraste hacia ella, descubriste que algún comentario de sus amigas trazaba en el rostro de Anka Voicu una sonrisa de estrella fugaz. Y tuviste la certeza de que jamás habías presenciado ningún prodigio comparable. Por su parte, Paquita prosiguió con su entonación militar:

—Una vez paséis al plató, estaréis atentos. Yo misma os diré dónde se sentará cada uno. Mientras esté encendido el letrero que pone “Grabando”, no quiero murmullos ni gilipolleces. En las tres horas siguientes, nadie se parará de su puesto. Ni masticará chicle. Y cuando os lo indiquen, aplaudiréis. ¿Alguna pregunta?

Silencio.

—Bien —concluyó Paquita—, al terminar yo estaré en la puerta de salida para daros el pago. Tenéis quince minutos para acabar vuestro bocadillo.

Chance que se va no vuelve, Filomeno: te ubica-

ron dos filas atrás de ella. Quizás la única ventaja de tu puesto era que alcanzabas a ver, ligeramente, el perfil de Anka Voicu; sin embargo, pensándolo mejor, aquello se parecía más a una condena que a otra cosa. Porque la distancia de ahora te obligaba a mirarla como una mujer quimérica, imposible. En cualquier caso, obedeciste siempre que alzaron el letrero; pero se notó que al comienzo aplaudías con un desgano cósmico. Y si bien es cierto que el programa este llegó a parecerse una estulticia cristalizada, no podrás negar que de a poco te fue generando interés. Se trataba de un panel integrado por tres periodistas del corazón, alternándose, acribillando con preguntas confidenciales a una rubia famosa. Esta *invitada especial*, de labios hinchados por el botox y maquillaje recargado, respondía con voz quebradiza cada que le mencionaban a su ex-marido, un torero legendario por su destreza con la espada.

—¿Le odias?

—No —contestó la rubia.

—¿Qué es lo que más te duele?

—(Silencio...)

—¿Cómo te sientes en este momento de tu vida?

—(Gimoteo...)

—¿Quisieras compartirnos qué es lo que más te ha lastimado?

—... La... La indiferencia —sentenció por fin la mujer, deshecha en llanto.

Letrero: “Aplausos”.

Por espacio de siete largos segundos, los concurrentes cumplieron su función a cabalidad batiendo sus palmas emotivamente. El aviso de “Grabando”

se apagó entonces por un momento, lo cual indicaba el paso a los anuncios publicitarios. Dos ayudantes ingresaron al plató para retocar el maquillaje de la rubia, un poco estropeado por efecto de sus propias lágrimas. Ella se comportó con total profesionalismo: les presentó su cara inexpresivamente y cerró los ojos para que las dos muchachas pudieran hacer su trabajo con rapidez. Vos te volviste una vez más hacia Anka Voicu y supiste que debías pensar pronto. A esta parte y ante la imposibilidad física de abordarla, tendrías que improvisar al menos alguna forma de establecer contacto. ¿Una pequeña nota? Podría ser. ¿Y qué escribir allí? Pues tu nombre y tu número telefónico. ¿Algo más? Habría que ser cauteloso. ¿Entonces? Algo así: “Me llamo Filomeno Cortés y me gustaría conocerte. Teléfono: x-y-z”. Vale, ¿pero cuándo entregársela? A la salida, mejor, cuando se acabe la historia de la famosa rubia. No se diga más.

Una vez que dieron por concluida la grabación, las luces del escenario se apagaron definitivamente y tanto los tres periodistas como la ex-mujer del toero se marcharon por una puerta especial. El *público* se retiró por otra y, en efecto, allí estaba Paquita, tal como lo había prometido, dinero en mano. Las tres chicas rumanas salieron adelante y vos quedaste entre los últimos que abandonaron el plató debido a tu desventajoso puesto; no obstante, hay que reconocer que esta vez fuiste más precavido, Filomeno, pues llevabas tu nota lista. Sí, de acuerdo, habías tenido que escribirla sobre un papelucho y la caligrafía no era gran cosa; pero, para el caso, daba igual. Recibiste tus quince euros y corriste para alcanzar a Anka

Voicu, quien ya se marchaba junto a sus amigas. Y por más que un manto de sustos iba cubriéndote el rostro y a pesar de que tus piernas mismas desfallecían, lograste sobreponerte:

—¿Señorita?

Las tres mujeres se detuvieron simultáneamente y te observaron, extrañadas. Centriste tu atención en aquellos ojos azules que incitaban al desvarío, te impusiste una intrepidez de emergencia y procuraste mantener la voz en calma:

—Esto... es para usted —dijiste mientras le extendías a Anka Voicu la pequeña nota.

—Gracias —contestó ella con una *ere* brusca; seguidamente, guardó el papelucho en un bolsillo de su gabardina marrón, se dio vuelta y prosiguió su camino.

Estuviste revisando, analizando aquel breve momento durante el regreso a tu pequeña habitación madrileña y continuaste haciéndolo a lo largo del siguiente día. Terminaste, por supuesto, dedicado a las cábalas: ¿Iba a llamarte? ¿O no? ¿Habías logrado provocarle algún tipo de interés con tu abordaje temerario? ¿O te habría tomado por un insensato, un caradura, un libertino? Quizás había querido llamarte pero perdió la nota; sí, eso era factible, probablemente se le cayó de su abrigo al salir del metro y ya nunca más pudo recuperarla, de manera que a esta parte andaría ella tan desolada como vos, Filomeno, sin ninguna posibilidad de comunicarse. Por fortuna, cuando ya tus bríos rodaban hacia el abismo de la desilusión, una claridad repentina vino a salvarte del colapso. Anka Voicu habría de concurrir a las futuras

convocatorias de Paquita, eso seguro. Sólo era cuestión de que te presentaras a todas las grabaciones, sin falta, y acabarías coincidiendo con ella. Pensando así fue como lograste tu primer instante de sosiego en las últimas veinticuatro horas. Y algo más: por fin un sueño sereno vino a cobijar tu espíritu durante aquel invierno feroz, el primero de tu joven existencia acostumbrada a la calidez eterna del trópico.

Las dos semanas siguientes pusieron a prueba tu resistencia. Porque ni los programas eran muy diferentes del primero, ni los invitados sucesivos distaban mucho de la famosa rubia. Los martes y los jueves asistías al plató, según lo estipulado en la inflexible agenda de Paquita; los demás días caminabas por Madrid tratando de hallar un trabajo. Pero no hubo ofertas laborales y Anka Voicu nada que aparecía. En cuanto a lo primero, no eran muchas las opciones, como te explicó después tu vecino cubano: “La construcción está parada, mi hermano; y si te pones a buscar otra cosa, ni siquiera en los bares hay forma de acomodarse”. Ya en lo referente a la mujer de tus sueños, sólo se te ocurría una última, difícil alternativa: preguntarle a Paquita por el número telefónico de la bella rumana. En eso iban tus cavilaciones aquel lunes por la tarde, Filomeno. Transitabas por Gran Vía obnubilado con el primor de sus edificios, te detenías por momentos para contemplar las imponentes esculturas sobre las azoteas y dejabas que la ciudad misma fuera un antídoto contra tu desánimo. Escuchaste, de pronto, el timbre de tu móvil. Se trataba de un mensaje que provenía de un número desconocido. Leíste:

“¿Estás ahí?”.

Una palpitación frenética se apoderó de tu ser y empezaste a sudar como un toro de lidia en su crepúsculo definitivo. Sin duda, esto superaba incluso la más optimista de tus expectativas; de allí que no se te ocurriera ni cómo responder. No obstante, comprendiste de inmediato que debías observar una calma radical si no querías echarlo todo a perder. Un paso en falso y Anka Voicu jamás volvería a reportarse, eso seguro; una palabra equivocada y adiós ensueño. Digitaste la contestación meditando muy bien cada término, cada letra:

“Hola. Sí, soy yo, Filomeno”.

El mensaje siguiente no se dejó esperar; si mucho, tardó cinco minutos:

“Me alegra que estés ahí, Filomeno...”

Y vos, cuatro minutos después, quisiste aventurarte un poco más allá:

“¿Se te había perdido el papelito?”.

Los intervalos siguientes se fueron acortando, hasta llegar al tiempo mínimo requerido para redactar las frases:

“Lo importante es que me has respondido...”

“No, lo importante es que estás ahí, Anka”.

“¿Prefieres llamarme así, Anka solamente?”.

“Si no te molesta”.

Esta vez la contestación se demoró diez minutos; es decir, diez eternos minutos. Hasta que lograste leer:

“Puedes llamarme como quieras...”

Respiraste tranquilo finalmente; sin embargo, caíste en la cuenta de que, quizás, estabas apuran-

do demasiado las cosas. Decidiste entonces hacer un monumental esfuerzo de contención para no estropear aquel lunes prodigioso:

“Bueno, Anka, me despido por hoy. Mañana te escribo de nuevo”.

“Vale”.

Por más que aquella fue una noche evidentemente feliz, no podrías decir que tuviste un descanso tranquilo. Demasiadas imágenes poblaron tu sueño y la ansiedad te despertó en varias ocasiones a lo largo de la madrugada. Ya en la mañana cumpliste tu compromiso con Paquita asistiendo a una grabación rutinaria, empalagosa. Desde temprano habías resuelto que te comunicarías con Anka Voicu hacia el final de la tarde, pues, al parecer, ese momento le venía bien. Pero la mujer se adelantó y te escribió justo después del almuerzo:

“¿Dormiste bien?”.

Tus dedos reaccionaron más rápido que tu entendimiento, así que digitaste con plena limpieza:

“Sí”.

Y lo que vino a continuación te dejaría perplejo; incluso, durante varios segundos, sin aliento:

“¿Solo...?”

¡No podías dar crédito a lo que estabas leyendo!  
¡Ella quería saber si tenías pareja! Te animaste a dar el siguiente paso:

“Sí, solo. ¿Y tú?”.

Esta vez no hubo demoras ni regodeos:

“También... sola”.

Antes de que pudieras evitarlo, tu instinto bravío se puso al mando de la situación y te ordenó embes-

tir sin más dilaciones. ¡Anka Voicu, la mujer que te había robado el juicio, no tenía por qué permanecer más tiempo sola! Escribiste:

“Me gustaría que nos viéramos y que saliéramos a tomar algo”.

Ahora la respuesta se tardaba. Seis, siete, ocho interminables minutos:

“Todavía es demasiado pronto. Prefiero que esperemos un poco más...”

“¿Cuánto?”.

“No te desesperes, guapo, yo te lo diré cuando sea el momento”.

“Me gustaría oír tu voz. ¿Puedo llamarte al menos?”

“No todavía”.

Esa tarde no hubo más mensajes; pero la siguiente, sí. Y todos los demás días de aquella última semana de enero. Siempre dieron lugar a largos, prolongadísimos intercambios verbales parecidos a un baile de cangrejos. La mujer daba dos pasos al frente, vos uno; ella otro, pero hacia atrás; vos dos hacia adelante. Así se la pasaron, para adelante y para atrás, hasta que te cansaste, Filomeno, con justa razón. De manera que para el lunes siguiente ya habías tomado una determinación: si Anka Voicu no aceptaba una cita para ese mismo día, darías por terminada toda esta historia. Te dispusiste a notificarle tu decisión; sin embargo, no llegaste a hacerlo porque un mensaje entrante lo impidió. Era una comunicación que enviaban de la empresa en donde contrataste, al arribar a España, tu servicio de telefonía móvil. Decían:

“Su factura ya está lista. Tiene una cuenta pendiente por valor de 175,40€”.

¡Ciento setenta y cinco euros con cuarenta céntimos! ¡Se trataba de un gran error! ¡No era posible que la cuenta del teléfono costara prácticamente lo mismo que el arriendo mensual de tu habitación! Saliste, presuroso, hacia la tienda en la cual te habían vendido aquel desastre. Un amasijo hecho de angustia y rabia te zumbaba dentro de la cabeza durante el recorrido, te oscurecía la mirada y te eclipsaba todas las demás cosas del mundo. Tan pronto como llegaste, una muchacha de tajante cortesía procedió a atender tu reclamación.

—Efectivamente, señor... Filomeno Cortés —dijo mirando la pantalla de un computador—: su factura suma ciento setenta y cinco euros con cuarenta céntimos.

—¡Pero de qué, por Dios!

—Veamos el desglose —declaró con sus modales distantes y empezó a leer—: tráfico nacional: 8,56 euros; llamadas internacionales: 26,90 euros; servicio RL: 115,75 euros; IVA: 24,19 euros; total: 175,40 euros.

—Y ese “servicio RL”, ¿qué significa?

—Usted me lo dirá, señor Cortés...

—¡No, señorita —afirmaste fuera de casillas— *usted* me lo va a decir! ¡Y ahora mismo!

—Verá, señor Cortés: ese código significa *Red Line*; o sea, servicio de mensajería erótica...

—¿“Erótica”? ¡De qué me está hablando!

—Le estoy hablando de una contratación que usted ha activado y que seguramente ha estado utilizando durante este periodo de facturación.

—¿“Activado”?

—Efectivamente, señor Cortés: la gente suele darse de alta con ese tipo de empresas respondiendo cada mensaje que le envían al móvil. Y una vez hecho esto, todo cliente está obligado a pagar.

La sensación de un fastidio inextinguible se apoderó de tu alma, cercenó tu voz, se te empozó en la mirada y aturdió tus pasos. Te marchaste de aquella tienda absolutamente abatido. Caminaste unas cuantas calles hasta llegar a Plaza de España. Allí te derribaste sobre una banca a mascullar tu rabia, tu impotencia. Miraste los transeúntes que iban y venían a tu alrededor y te sentiste náufrago en un océano de gente extraña. El cielo se tornó más oscuro que nunca y supiste que ya no tenías fuerza para seguir soportando la tiranía de aquel invierno. Súbitamente, tu teléfono empezó a timbrar. Dudaste por un instante; pero, en última instancia, resolviste contestar:

—¿Hola?

—¿Filomeno?

—Sí, ¿dígame?

—Soy Anka Voicu...

—¿Quién?

—Mira —dijo la voz con una *ere* inequívocamente áspera: estaba limpiando mi habitación y me encontré un papelito...

—Sí, sí, me acuerdo —interrumpiste—, ¿dónde habías estado?

—Bueno, conseguí algo temporal en un bar; pero ya se ha terminado. ¿Vas mañana a lo de Paquita?

—Claro, por supuesto...

—Pues allá nos vemos entonces.

—Vale.

Tan pronto como ella colgó, un espectáculo que nunca habías presenciado en tu vida llegó a ponerse ante tus ojos. Infinitos y maravillosos copos de nieve empezaron a caer sobre ti, a jugar con el aire, a danzar entre las ramas secas de los árboles. Rápidamente fueron armando tapices discontinuos sobre las aceras, los prados, las calles y los tejados. Te agachaste para recoger un puñado de nieve y, al tocarla, una certeza mágica te acarició como una revelación: cuando se viste de blanco, Madrid es la ciudad más hermosa del mundo.

*A Soranlly*

## La barra

La que me hizo el gordo Reinaldo nunca la voy a olvidar. Todos los viernes nos encontrábamos en la salsoteca Zippo's Passion y nos instalábamos en la misma esquina de la barra, atentos, simpáticos, resueltos incluso con cuanta hembra se apareciera sola; y como corrían tiempos de liberación, llegaban bastantes. Algunos decían que el sitio no era gran cosa; pero la música, hermano, eso sí era melodía. Ahí no estaba permitida la melosería romántica que ponen ahora en la radio: nada de merengues ni vallenatos; el reguetón y el hip-hop, a kilómetros. Eso era un santuario. De Richie & Bobby lo que quisieras, lo mismo que de la Fania, Lebrón Brothers, los finaditos Héctor y Celia; en fin, vos sabés. O sea que de lo último que sonaba, muy poco. Excepto Los Van Van y eso no hay que explicarlo: el mérito habla solo.

¿Y quién fue llegando? Un terremoto de mamacita. ¿Y dónde se parqueó? Aquicito no más, en la mitad de la barra. La chequeé ahí mismo: jeans negros, blusa roja bordada en rojo, de flores, manga larga y cuello alto. Los collares iban por fuera y vos le pillabas la clase de una. Le miré los pies y claro, tacones negros, altos, destapados. ¿Las uñas? Pedicura escarlata con grabados brillantes. A lo que pude despabillar, me volteé hacia el gordo Reinaldo y estaba en las mismas.

—Cerrá la boca, que se mira es con los ojos —le dije.

—No, pues, menos mal que vos la tenías muy cerrada, ¿sí o qué?

—Tocó brindar —propuse exaltado, levantando una copa de ron y pasándole otra a Reinaldo—; a ver si el niño Dios me trae una de esas.

—Yo conozco esa hembra.

Eso era lo que me enverracaba del gordo: lo boción. Nunca lo había visto engancharse a ninguna; pero, según él, mujer que no tumbaba la dejaba al menos chapaleando.

—Ya vas a dañarle la reputación a la pelada —me le planté—; mínimo me salís con que te la vacilaste. O que es fufurufa...

—En serio, Kike, la historia de esa hembra debe de ser tesa.

—Cómo así que “debe de ser”. ¿Viste? Vos sos un inventón.

Me dio piedra con Reinaldo. Si iba a echar cuentos, pues que los armara bien; pero que no me creyera pendejo. Tomé entonces la decisión: le caería a la mamacita de una, sin preámbulos.

—¿Bailamos?

—Bueno.

Sentí que la suerte estaba de mi lado cuando oí la descarga de percusión y trompetas con que arrancó el disco. Mucho tema. De todos modos, empecé a bailar suave, cadencioso. A las hembritas elegantes nunca les han gustado los manes arrebatados. Me dediqué fue a admirarla, con disimulo: tenía el cabello negro, largo, ensortijado. ¿Los ojos? color miel. La boca sí tuvo que haber sido que mi Dios se dedicó a perfeccionársela porque era un milagrito colorado.

*La temperatura sube, sube... Sube la temperatura.*

—¿Y vos cómo te llamás?

—Samia.

—Mucho gusto, yo soy Enrique —le sonreí—; pero mis amigos me dicen Kike.

La danza estaba bacanísima. *Que-sube-la-tempera-que-sube, sube, sube-la-tempera-que-sube, sube, sube... Sube la temperatura.* Ahí fue que traté, entre un paso y otro, como sin más, preciso antes de empezar a hacer las vueltas, de deslizarle casualmente mi mano por la espalda; pero Samia se pegó una timbrada tenaz, se quedó parada en la mitad de la pista y me miró ofendidísima. Yo me alcancé a asustar:

—¡Qué te pasó!

—Si no querés que te deje bailando solo —refunfuñó—, no me volvés a tocar así.

Quedé tan achantado que el resto del disco lo terminé fue de puro caballero. Después me fui a mi sitio, callado. Reinaldo me recibió con un trago. Me di cuenta de que se la había pescado toda apenas me soltó la pregunta a quemarropa:

—¿Qué te dijo?

—No, nada, que estaba como indispueta...

—Huy, sí, y yo soy Brad Pitt...

—Dejá de ser insidioso, gordo —lo frenteeé duro—; parecés una vieja arrabalera.

Preferí cambiar de tema; de cualquier manera, Reinaldo era amigo y no valía la pena amargarnos el rato. Pero la noche como que estaba para chascos porque un estruendo ni el verraco tachó de repente la melodía, me espantó el zumbido del enojo y puso a todo mundo pilas para la huida. Claro que la cal-

ma regresó de una. Simplemente, un mancito que se había emborrachado en la otra punta de la barra se quedó dormido con los brazos y la cabeza sobre el mostrador. ¿Y entonces? Pues que esa mierda se le desfondó. No más de verlo, la gente se tenía la barriga de la risa. Los de seguridad corrieron a alzarlo, bajaron las escaleras con él en guando y lo sacaron a la calle. *La pelea y el bochinche... No me hacen falta, no me hacen falta.* Lo encaramaron ahí mismito en un taxi. Mientras tanto, una montonera de personas nos apretujamos en las ventanas para curiosear al pobre imbécil. *Tiríjea para allá, que tiríjea para acá, ay, no, no... No me hacen falta.*

A lo que quisimos retomar la rumba, pillamos a los del personal de Zippo's Passion recogiendo la escombrera, apurados. Yo no había caído en la cuenta antes de que el local fuera una antigua bodega. La acondicionaron pintando los muros de azul encendido y rellenándolos con afiches de orquestas y cantantes. La cosa era que el pedazo de barra que se había desbaratado dejaba al descubierto el interior del bar: zócalos descascarados, envases desocupados, baldosas cuarteadas, refrigeradores remendados, cables enmarañados. Me dieron ganas de mirar para otro lado, pero descubrí que las mesas también tenían su historia: la superficie y la base eran de madera, redondas, simétricas; estaban unidas entre sí por un cabo muy grueso en posición vertical; y las habían rodeado de butacas sin espaldar. Mejor dicho, antes que mesas habían sido tubinos industriales para enrollar alambre.

—Mucho güevón —oí que dijo Reinaldo.

—Más lo serás vos...

—Calmate, hombre —me interrumpió—, que estoy hablando es de ese pinta que se emborrachó.

—Ah, eso sí.

—Esa es la vida, viejo Kike —siguió con su comentario—; el que se duerme, pierde.

Francamente, me dio pena con el gordo porque ahí se me había echado de ver lo prevenido, y pues tampoco daba para tanto. Queriendo tranquilizarme, busqué el centro de la barra. Allá seguía Samia, mamita rica, sentada, moviendo los hombros, dulzurita malgeniada llevando el ritmo, ¿quién se atreve? Este pecho:

—¿Bailarías?

—Ajá —me contestó con esa boquita colorada.

Concentración: tenía que ponerme en la jugada para no dar pasos en falso. Nada de movimientos indiscretos, cero comentarios. *Azuquita en tu cintura, tú tienes mami al andar... Que me causa sabrosura, y me suele trastornar...* Se movía como si el fin del mundo fuera a ser mañana, como si se hubiera convertido en el último bomboncito de lujuria que nos dejarían ver a los viciosos de esta tierra. *Azuquita, mami, azuquita pa' mí... Pero dame un poquitico, no me hagas sufrir. ¿Y yo? Tremendo caballero, mirando de reojo, callado, antojándome de ricura; pero serio, llavería, hasta que ella misma se decidió a hablar:*

—¿Y vos a qué te dedicás?

—¿Yo? Estudio —dije sin pensarlo.

Me quedé atento por si mostraba alguna curiosidad, dispuesto a complementarle el dato. Silencio: continuó bailando así, delicioso, como ella sabía,

como si nada; en fin, entendí que no tenía interés en seguir la conversación. Apenas se acabó el disco, volví a la barra.

—Eso sí es lo que se llama elegancia —anotó Reinaldo ofreciéndome otro ron—; tiene porte de princesa, ¿sí o qué?

Me pareció justo bajar la guardia, cogerla suave con el gordo, llevarlo bien. Le busqué tema:

—Vos por qué decís que la historia de ella debe de ser tesa.

Ahí fue que me soltó la película:

—Yo la conocí una noche que estábamos rumbeando; eso fue en uno de los bailaderos que quedan en la avenida sexta.

»La hembra llegó como siempre, con su estampa, y claro, más de uno le echó el ojo. A mí me habían invitado unos compañeros de trabajo que eran novios y yo les dije bueno, pero eso sí de cartera yo no voy, les toca conseguirme pareja. ¿Vos le ves problema a eso? Pues sí porque ustedes en lo suyo y yo colgando jeta, qué pereza. Nada de nervios, Reinaldo, nosotros lo resolvemos. Dicho y hecho, por la noche me les parqué en la mesa, a esperar porque no aparecía la otra pelada. No te preocupés, que mi amiga no demora. Y el mancito: seguro, mi socio, además, sin demeritar lo presente, esa muchacha está como quiere. A la novia como que no le gustó el comentario, digo, porque puso cara de escopeta. Yo me quedé callado, quién se iba a andar metiendo, ¿sí o qué? Bueno, etcétera, el punto es que la hembra llegó».

¿Qué podía seguir? La fantochería del gordo, obvio; pero conmigo, a kilómetros. Lo corté ahí mismo y se la monté feo:

—Dejame adivinar el resto. Apuesto a que te la bailaste todo el rato, luego te la llevaste a recorrer la ciudad y a la final resultó que era ninfómana.

—Ni más que fuera, viejo Kike, se te agradecen los buenos deseos, porque esa es la suerte que yo me merezco. Desafortunadamente, las cosas no fueron así.

»Después de la presentación, del qué pena con ustedes, casi que no vengo porque me tocó resolver un problemita, y del tranquila, nosotros no hace mucho que llegamos, pedimos una botella de aguardiente Blanco. Nos clavamos el primer trago y yo pensé listo, a bailar se dijo. Me fui parando, cuando ¿cómo? Se asoma un pinta a la mesa, dizque convidándola, y Samia que bueno, a la pista de una, con sonrisita y todo. La tirria mía no era poquita, pero qué más podía hacer sino contemplarla, risueña, con sus collares, su blusa negra de cuello alto, manga larga, princesa lejana, rumbeando con otro, ¡qué piedra!».

No recordaba haberlo pronunciado. Le eché cabeza y no, no le había dicho. O sea que si el gordo se sabía el nombre, era porque la conocía de antes. *El rey de las fechorías, ayer me dijo Facundo... Todo el mundo lo conoce, óyeme en el bajo mundo.* Claro que había algo más convincente todavía: conociéndome a Reinaldo, oírlo contar esa historia en la que él mismo perdía, se me hacía raro; no demoraba, eso sí seguro, en meter la parte donde se volvía héroe, donde agarraba a trompadas al intruso y rescataba la princesa. *En su mundo, mujeres, fumada y caña... Atracando vive Juanito Alimaña.* A estas alturas del partido, preferí tomarme las cosas con calma; menos mal que no fue sino echarle un ojito a Samia y ya: serenidad, ricura, buena onda.

—¿Y entonces?

—Pues no me vas a creer —dijo el gordo—, que se acabó el disco y los dos se vinieron para la mesa.

»Yo me timbré, cómo así, ni por el verraco, a quién le va a gustar que lo cojan de marrano; mejor dicho, si tocaba voltear con el pinta ese, qué se le iba a hacer. Pero el amigo mío estaba en la jugada y se me arrimó al oído. No te vas a acelerar, Reinaldo, que a la final vos ni conocés esta hembra, y si salió faltona eso es problema de ella. Listo, te lo acepto con una sola condición: este mancito no se me toma ni un trago de la botella. Estoy de acuerdo, me parece justo. Y entonces fue que el otro nos dejó fríos, porque saludó muy amable, pidió permiso para sentarse y mandó a traer whisky para todo mundo. Como le pillaron el acento extranjero, las peladas le preguntaron que de dónde era: de Siena, una ciudad italiana; que hace cuánto había llegado: cuatro meses, más o menos; que cómo se llamaba: Luchino, mucho gusto. De ahí para allá, nada que hacer, digo, porque él se portó a lo correcto. Samia se la pasó feliz, bailando, coqueteándole todo lo que pudo, y yo, a la hora de la verdad, terminé agradeciendo su presencia. Mirá: si el italiano no aparece, lo que le pasó después me hubiera tocado a mí, o sea que estuve fue de buenas, ¿sí o qué?».

Reinaldo logró intrigarme con su película, tanto que llevaba yo un buen rato sin bailar y ni me había dado cuenta. Sentí ganas de ir al baño:

—Ya vuelvo —le dije.

—Todo bien.

Cuando venía de regreso, pesqué una jugada ex-

traña: en la mitad de la barra, el gordo estaba charlando con Samia. Me puse pilas y disminuí el paso, tratando de averiguar cuál era la marrulla. Lo malo fue que Reinaldo me alcanzó a ver y se devolvió de una para la esquina con su carita de cretino.

—Cómo es la cosa con la hembra.

—Nada de nervios —me aseguró mientras servía las dos copas de ron—; sencillamente, ella miró para acá y me reconoció. O sea que me tocó ir a saludarla.

Preferí dejar el tema así para no cortar lo otro:

—Bueno, y en qué paró la cuestión con el italiano.

—Pues qué te digo —continuó con ese tonito fastidioso, mitad soberbia y mitad malicia—, prácticamente en un fiasco.

»Igual que en todos los demás bailaderos de Cali, a las tres de la mañana prendieron las luces y nos trajeron la factura. Como el tal Luchino andaba tan entusiasmado con Samia, nos dijo tranquilos, yo los invito. Y mi amigo: no te preocupés, que nosotros pagamos la botella de aguardiente. Que cómo se nos ocurría, que nos dejáramos atender, que le permitiéramos ese gusto. Nadie insistió más porque nos dimos cuenta de que ese pinta iba era con todo por la hembra. Ahí fue que volteé a mirarla y me llevé una impresión brusca: aunque seguía igual de linda, tanta iluminación le había desbaratado el encanto de su arrogancia, y te lo juro por mi Dios bendito que hasta la pillé temblorosa. Después, tan pronto como el italiano se ausentó para cancelar lo que habíamos consumido, vimos que Samia salió huyendo desparvorida. Tratamos de atajarla, de pedirle que se despidiera al menos, ¿sí o qué? Pero nada, mi socio, nos

tocó resignarnos a contemplarla corriendo calle abajo, horrorizada, como alma que lleva el diablo».

Me quedé extrañado con la historia; y por más que traté de recuperar el entusiasmo, una especie de amargura me carraspeaba por dentro y se me tiraba el ánimo. Sinceramente, la imagen de Samia escapándose amedrentada era demasiado chocante. Yo me descompuse de una manera tenaz; tanto que ni siquiera la buena melodía lograba recuperarme. *Usted abusó, de mi cariño usted abusó...* Sentí que debía botarle corriente a las cosas, que necesitaba entenderlas para sacarme de encima la mala onda; o sea que durante un rato largo estuve tratando de atar cabos. *Sacó provecho de mí, abusó.* Hasta que se me ocurrió volverme hacia la mitad de la barra, y fijate lo que es la vida, llavería, no fue sino concentrarme en Samia y todo se me iluminó. Claro, cómo no se me había ocurrido antes, la hembra tenía su problema, por eso andaba siempre con blusas de manga larga y de cuello alto, por eso mismo se timbró tan feo cuando le pasé mi mano por la espalda, vos sabés, debía de tener una cicatriz aterradora, o algo por el estilo; pobre italiano, estaba era perdiendo su tiempo porque no iba a conseguir nunca lo que buscaba.

Luego de echar cabeza, me sentí mucho más tranquilo; mejor dicho, le había pescado el sentido a esta cuestión. Lo malo fue que bien rápido se me apareció otro dilema. ¿Le compartía el dato a Reinaldo? Antes de que se me alargara la duda, preferí contarle mi descubrimiento:

—Yo sé qué es lo que le pasa a esta pelada.

Para mi sorpresa, el gordo ni se interesó; simple-

mente, se limitó a mirar su reloj y ahí mismito le entró el afán:

—Pero me lo explicás en otra ocasión, viejo Kike, porque ya me tengo que ir.

Nos tomamos un ron de despedida, apurados, y él se fue. Pensé que lo mejor sería relajarme para disfrutar el último pedacito de noche que me quedaba en Zippo's Passion. *Siento una voz que me dice: agáchate que te están tirando.* No habían pasado ni tres minutos desde la salida de Reinaldo, cuando Samia que se va yendo también. Esta vez, viéndola caminar hacia las gradas, ya no me pareció tan elegante. Algo en sus movimientos se me hizo demasiado evidente, incluso un poco vulgar; de todos modos, no quise dejarme llevar por esa impresión porque a lo mejor estaba ya prevenido con tanta cosa: que si el italiano, que si la cicatriz, que si los misterios del gordo. *Siento una voz que me dice: agúzate que te están velando.*

Me asomé a la ventana con intención de divisar a Samia mientras se iba, sin saber que la jornada me tenía reservado algo más; porque no fue sino que ella saliera a la calle para que un pinta la abordara cariñoso, atento, resuelto. ¿Quién podía ser? Lo reconocí inmediatamente, condenado gordo del infierno, dizque todo simpático, tratando de pasarle el brazo sobre los hombros; pero nada, llavería, la hembra se le zafó rapidito. Después noté que charlaban de modo amigable, discreto; parecían estarse poniendo de acuerdo porque él insistía y ella se negaba sin mucho convencimiento. Traté de concentrarme a ver si lograba distinguir el tema de la conversación. Observé que Reinaldo consultó su billetera, asintió con la ca-

beza y sonrió; ahí fue que ella se dejó agarrar la mano y el maldito gordo la besó. Luego, pues qué te digo, lo que era de esperarse, abordaron juntos el mismo taxi, vos sabés. A lo que regresé a la barra, los de la salsoteca prendieron la luz y me pasaron la cuenta. Miré por última vez hacia las mesas. Me parecieron horribles porque se les pillaba de una que eran tubinos industriales para enrollar alambre.

*A Umberto Valverde*

## Te vendo mi corazón

### 1

Mientras viajaban por la autopista, Valentina Price y Michael Rodríguez procuraron hablarse lo menos posible. No porque estuvieran disgustados, ni porque se malquisieran; simplemente su instinto mercantil —aguzado durante decenas de seminarios relativos a ventas y otros muchos eventos sobre marketing— les indicaba que el silencio estratégico era siempre el mejor recurso para un ejecutivo de verdad. Su encuentro, sin embargo, no se debía a intereses comerciales. En realidad, se habían conocido dos semanas atrás en un simposio organizado por la AIVI —Asociación Internacional de Vendedores Infallibles— en el cual Valentina debutó como conferencista. Gracias a las políticas de capacitación impulsadas por la empresa donde Michael prestaba sus servicios, él tuvo la posibilidad de asistir en calidad de participante. Fue allí, durante el coctel de cierre, donde conversaron por primera vez. Cierto: fueron pocas palabras y sólo un par de miradas, pero resultaron suficientes para expresar su empatía e intercambiar números telefónicos.

Ahora Valentina y Michael iban rumbo al mejor restaurante italiano de la ciudad en el carro que ella había comprado el año anterior, un *Mc-Waguen* deportivo. Dado que ambos llevaban gafas de espejuelos, cada uno pudo estudiar con discreción el aspecto del otro antes de aventurarse al verbo. Cuando ella

volvía la mirada, supuestamente para consultar el retrovisor alterno, lo que hacía era escrutar la gala de Michael: pantalón negro *Ives Saint Vendetta*, de presnes; camisa y chaqueta celestes con el sello *High Fingerito*. Excelente. Él oteaba un imposible horizonte lateral, lo que le permitía admirar las cirugías de Valentina: nasoplastia tipo *Crawford* y siliconas para busto XL. Estupendo. Entre su primer encuentro y éste sólo habían mediado tres llamadas de celular —dos veces discó él; ella, una—, todas con pretextos verosímiles pero con la misma desviación temática: la soledad es una pésima opción, sobre todo los domingos. Por esa vía llegaron a la cita que al fin hoy se cumplía. Y como transcurrió un buen rato desde que Valentina lo había recogido, Michael comprendió la necesidad de romper el silencio. El problema era que no se le ocurría cómo. Quizás fuera oportuno, pensó, empezar por admitirlo:

—¿Cuál es tu lenguaje favorito?

—¿Lenguaje?

—O sea: qué tipo de mensajes te agradan...

—Ah, mensajes —Valentina inclinó la cabeza, como quien piensa en algo trascendental; luego sentenció—: la publicidad es la poesía contemporánea.

Michael se sintió un poco desconcertado. No es que objetara esa afirmación, pero sí esperaba otro tipo de respuesta. Reformular la pregunta, no obstante, le pareció impropio. Lo mejor era seguir la corriente:

—Sin duda que lo es; pero cuál expresión te resulta más grata.

Esta vez Valentina mantuvo su perspectiva en

lontananza, contemplando el paisaje de la ciudad. Al constatar que el entorno se hallaba repleto de pancartas y pasacalles, sus ojos resplandecieron alborozados:

—Nada como el hechizo de las vallas.

Michael asintió con la cabeza. Después de esto, los dos se limitaron a admirar tranquilamente los avisos gigantes que flanqueaban la autopista. Ahora mismo atravesaban, de hecho, un sector caracterizado por la feroz competencia entre letreros de bebidas gaseosas: *Tranky-Cola*, “Tómala con calma”; *Fresh-Plus*, “Distingue tu sed”; *Light-Cola*, “Para que nada te pese”. Así, acogidos al silencio prescrito para las transacciones importantes, llegaron al restaurante. En lo que toca al momento de la comida, no hay mucho por contar. Baste con la anotación de dos halagos para el vino chileno y uno para la pasta. Sólo diremos, por lo demás, que él desplegó sus amables maneras y ella su elegante simpatía. Lo fundamental —es decir, la forma como logró Michael saber lo que necesitaba sobre los gustos de Valentina— ya se ha relatado. Con esto tenemos que nuestro mercadotecnista estaría en condiciones de preparar una estrategia para seducir a la gerente de ventas en el próximo encuentro. Ya veremos.

## 2

Al comienzo de la siguiente semana, Michael recibió una estupenda noticia: los ejecutivos de *Fresh-Plus* lo citaban para una entrevista laboral. Como nunca llegaron a ponerse de acuerdo sobre los ho-

norarios, él olvidó la oferta que le habían hecho el semestre anterior. Lo presente podría implicar que esta vez aceptaban sus requerimientos. Ese mismo lunes en la tarde, durante la reunión sostenida con ellos, constató que así era. Ya en la noche, presa del entusiasmo que le producía pasar a las grandes ligas en óptimas condiciones —*Fresh-Plus* era una multinacional—, concibió un plan para concretar su asunto con Valentina. Ésa sería, desde luego, la mejor de todas las celebraciones posibles. El martes, después del trabajo, se dio a los preparativos. Lo primero fue llamar a Valentina para convenir una nueva cita. Ella aceptó encantada y estuvo de acuerdo en regresar el domingo por la noche al restaurante italiano. La segunda parte de la maniobra, en cambio, se volvió problemática. Decidido como estaba a no perder tiempo, Michael se dirigió sin previo aviso al apartamento de soltero que tenía John Carlos, un publicista amigo suyo. A pesar de lo inoportuna que resultó su presencia allí —el anfitrión se hallaba íntimamente acompañado—, fue atendido con amabilidad:

—¿A qué debo el honor de tu visita?

El sudor corría a chorros por la frente de John Carlos. Obsesionado con su proyecto, Michael pareció no darse cuenta. Tampoco le otorgó significado alguno a la bata de baño con que el otro se cubría precariamente.

—Lo mío es algo urgente, hermano.

—Eso espero —dijo el publicista al escuchar de su amigo semejante afirmación y, como no vio alternativa diferente, lo invitó a seguir.

—Necesito una valla —explicó Michael, ansioso,

mientras se acomodaba en una de las poltronas; luego se puso a examinar la sala-estudio: implementos de fotografía y dibujo, repisas para libros y discos compactos, estanterías atiborradas de revistas y videos.

—Jurame que tu emergencia se debe a un caso “gravísimo” de espionaje comercial, o algo por el estilo.

Sin perder su jovialidad, John Carlos ocupó otro de los sillones. Con picardía, dirigió sus ojos a la mesita de centro, indicándosela a su amigo. Éste comprendió el gesto y posó en ella su mirada. Descubrió allí dos copas de licor a medio llenar.

—Se trata de una mujer —declaró Michael.

—Por supuesto, idiota.

—No, hombre, me refiero a lo mío.

—¡Ah! En ese caso —corrigió el anfitrión, bajó la voz hasta el grado del cuchicheo y, mirando de reojo hacia su habitación, continuó—, lo mejor es contratar un servicio a domicilio...

Michael se turbó. El sentido común lo ordenaba claramente: debía abandonar el apartamento, en el acto. Por otra parte, sin embargo, no podía irse sin haberle formulado su encargo al publicista. Intentaría un último recurso, algo dramático. Se aclaró la garganta y ensayó un tono circunspecto:

—Estoy enamorado.

John Carlos soltó una carcajada:

—No me vengás con esos mitos antiguos; vos sabés: eso se lo habían inventado para intimidar a las mujeres, para garantizar que llegaran vírgenes al matrimonio y bla, bla, bla...

—En serio, hermano —insistió Michael—: conocí a la mujer de mi vida.

—No vamos a discutirlo; te doy quince minutos para decirme qué querés y desaparecer.

A Michael le pareció una oferta razonable; así que, tan rápido como pudo, le contó a su amigo lo de *Fresh-Plus* y sus planes para la celebración del próximo domingo. Así llegaron al tema central: el diseño de la valla con la cual Michael esperaba sorprender a Valentina declarándole su amor. A esta parte, John Carlos tomaba nota en una libreta que apoyaba sobre su rodilla:

—¿Qué le querés decir?

—No sé —titubeó Michael—, algo que suene bonito y que no sea tan explícito: “Me gustas mucho”, por ejemplo.

El publicista se incorporó y, tomando un vademécum de su estantería, se puso a consultar:

—Hay que mirar primero el Registro de Derechos de Autor, vos sabés, para no perder tiempo con un diseño que después no podamos exhibir. A ver: “Me gustas mucho”. No, hermano, ése lo tiene una compañía que vende hamburguesas. Pensá en otra cosa...

—¡Ya sé! —dijo Michael—: “Te quiero”.

—Veamos —siguió hojeando John Carlos—. Imposible: ése es el eslogan del primer automóvil convertible que sacó *Mc-Waguen*. Seguí pensando...

—Va a tocar algo más directo —se lamentó Michael—: “Te amo”.

—“Te amo” —buscó el otro—. No: es propiedad de una transnacional que diseña computadoras. Ni siquiera le han asignado producto, pero a ellos les gus-

ta aventajar en todo; le llaman “La Estrategia Bill”.

Al cabo de un momento de silencio, el publicista levantó la mirada y notó que su amigo empezaba a agobiarse.

—Y por qué no omitimos las palabras... Puede que se nos ocurra una idea interesante si nos limitamos a lo gráfico.

—¡Excelente! —exclamó Michael recuperando la esperanza—. ¿Qué tal un corazón?

Ahora fue John Carlos quien se angustió:

—Cómo se te ocurre, pendejo. ¿Es que no conocés la historia de “I Love New York”? Ése es un clásico de la publicidad y lo tienen registrado desde hace décadas.

Después de una ardua labor que desbordó el plazo fijado inicialmente, los dos amigos por fin lograron una caracterización general de la valla. Se trataría de un dibujo sencillo, sin palabras: una pareja. El hombre le entregaba a la mujer un regalo envuelto al estilo celebración. Perfecto. Cuando se estaban despidiendo, pasó por la sala-estudio una mujer vestida con minifalda y blusa ombliguera. Sin detener su marcha entre la habitación y la puerta de salida, dijo:

—Chao, cariño...

John Carlos se llevó ambas manos a la cabeza:

—¡Qué pasó!

Todavía deslizándose el labial por su boca, la mujer protestó:

—Hablamos de una hora, ¿o key? Pues ya pasaron cincuenta minutos...

El publicista se apresuró:

—En los diez que me quedan podemos resolver lo

nuestro, lo juro... —inmediatamente, dirigiéndose a su amigo, decretó—: ¡Esfumate!

Michael obedeció.

### 3

Y aquí los tenemos de nuevo —domingo, autopiستا, exterior, noche—, rumbo al restaurante italiano. Ella iba vestida con un traje *Impératrice*: pantalón negro, de chaliz, blusa y chaquetilla negras, de seda, bordadas en luto con motivos árabes. Preciosa. Él llevaba puesto un vestido entero *Ives Saint Vendetta*, color turquesa, y camisa beige. Impecable. Pero evitemos las descripciones excesivas; al fin y al cabo, lo que interesa, llegados a este punto, es la reacción de Valentina cuando vio la valla. Bueno, más exacto sería decir: cuando Michael *se la hizo ver*, lo cual estaba presupuestado en la operación, pues, sin su concurso, lo más probable era que ésta pasara inadvertida en el circundante bosque de avisos. Decíamos, entonces, que iban así: el viento se colaba por las ventanillas del *Mc-Waguen* deportivo y movía el flequillo de la conductora; el pasajero, conforme avanzaban, se notaba cada vez más impaciente —a juzgar por la manera como se tomaba las manos—. Valentina decidió intervenir:

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

Michael se dio cuenta de su error estratégico. Necesitaba ahora invertir el efecto adverso o, como se decía en los seminarios de marketing, “capitalizar la falla”. A pesar de que se aproximaban al paraje donde

había instalado la sorpresa, él relajó conscientemente los músculos de su cara e insinuó:

—¿No vamos un poco rápido?

—Ah, te desagrada la velocidad.

—No es eso; más bien diría que me gustan mucho las vallas de este sector...

—De acuerdo —dijo Valentina devolviendo en dos los cambios del carro para mermar el paso.

—Esa de allá, por ejemplo —señaló Michael la que ilustraba a un hombre obsequioso con una mujer—; ¿qué tal si paramos para verla mejor?

—¿Te gustaría?

—Sí.

Se detuvieron y durante varios minutos se dedicaron a curiosear: Valentina, el dibujo de la pareja; Michael, disimuladamente, las reacciones de ella. Para desdicha de él, una gerente de ventas está rigurosamente entrenada en ocultar sus impresiones. Transcurrió un momento de quietud.

—¿Seguimos?

—Ajá —respondió él esforzándose por disimular su ansiedad; a continuación, como si cualquier cosa, agregó—: en el restaurante hablamos de la valla, ¿vale?

Valentina hizo un gesto afirmativo y reemprendió la marcha. Ya sentados a la mesa, mientras tomaban la primera copa y luego de haber coincidido en la misma orden —fettuccini mediterráneo—, retomaron el tema. Fue Michael, desde luego, quien lo propuso:

—Y bien, ¿qué te pareció?

Con la serenidad de quien sabe analizar fríamente, ella se dio un sorbo de vino tinto y manifestó:

—Para serte franca, se me hizo pobre.

Michael sintió que el alma se le congelaba. Un sudor glacial recorrió su espalda y su frente; con todo, consiguió fingir tranquilidad:

—Pobre en qué sentido...

—Por la ausencia de palabras, se advierte que es una campaña para generar expectativa; pero le hace falta audacia gráfica, ¿no te parece? Incluso la idea es demasiado corriente. No creo que sea injusto decirlo: ese creativo carece por completo de talento.

En ese instante, Michael percibió que estaba ante una mujer engreída y se reprochó a sí mismo por no haberlo notado antes. Detalló sus gestos. Sí: eran altivos, despectivos, insufribles. De cualquier modo —recapacitó antes de continuar—, la cordialidad es el distintivo del caballero:

—Yo le reconocería, al menos, el mérito de la sencillez.

Ella lo meditó unos segundos y después agregó:

—Pero tal vez raya en la simpleza.

Por fortuna, el pedido llegó justo a tiempo para evitar que se produjera una desavenencia; así que la cena transcurrió, en lo sucesivo, prácticamente en silencio. Tan pronto terminaron de comer, y tras haber solicitado la cuenta, él se dispuso a referir lo de su nuevo contrato laboral. Ya no le interesaba avanzar en nada respecto de Valentina; pero aprovecharía la oportunidad para hacerle saber, eso sí, que no sólo ella era una persona de éxito.

—Quiero compartirte algo —dijo él acomodándose la solapa—: esta semana firmé con *Fresh-Plus*.

Ella se quedó estupefacta y sus gestos, esta vez, la

delataron: se veía desconcertada. Michael consideró esto como una prueba indiscutible de su soberbia. De todas formas, había que constatarlo:

—¿Te desagrada?

—¡De ninguna manera! —se apresuró Valentina—. Simplemente es que eso nos complica las cosas.

—No te entiendo.

Mirándolo a los ojos, ella resolvió ser breve:

—Ayer me contrataron como gerente general de *Light-Cola*.

La despedida fue cortés; las palabras, como siempre, pocas. Decidieron salir por separado para evitar que alguien pudiera verlos juntos. Michael Rodríguez tomó un taxi y Valentina Price abordó su *McWagen*. Ambos estuvieron de acuerdo en que no volverían a encontrarse jamás. Una eventual acusación de espionaje comercial era un riesgo que por ningún motivo podían correr.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## La cita

### 1

A nadie le gusta que lo engañen. Aunque pensándolo mejor, hubiera preferido no enterarme. Se martiriza uno menos. Pero ahí está el problema: no han de faltar los que te hacen un gran favor, según ellos, contándote lo que saben —si es así, porque quién quita; de pronto es que inventan y después no hay manera de comprobarlo—. Venido a ver que yo con Martina me sentía perfecto. No me había dado motivos para desconfiar. Completábamos dos años de novios y bien. Incluso había decidido proponerle a ella, estaba por decirle que... No, pero tenían que venirme con el cuento y yo tenía que ponerme a creer. La inseguridad convierte el suelo en gelatina y después, cuando intentás caminar, la vida se te vuelve un terremoto.

El punto es que iba a recogerla porque estábamos de aniversario. Eran las 7:00 p.m. Había preparado todos los detalles. Éste era, precisamente, el último: parar en el supermercado, bajarme del carro y escoger un ramo de flores amarillas —o sea, no tenía en mente una cuestión de sensualidad sino que estaba considerando el porvenir—. Cuando ya hacía fila para cancelar, me encontré a Johanna, una vieja amiga de la universidad que vino a pararse justo al lado mío. Seguía usando sus tremendos escotes y se mostró, como siempre, cariñosa conmigo. Traté de corresponderle, de esmerarme en el saludo:

—Cómo has estado, me alegra mucho verte.

Y ella se puso expresiva, casi teatral:

—Hola corazón, qué es esta dicha; muá y muá.

En el rincón más cercano a la caja registradora había un televisor pasando las noticias; como estaba sin volumen, los gestos de la presentadora se percibían fingidos. Johanna se quedó viendo lo que yo traía en mi mano y no se aguantó:

—¿Y eso?

—Para Martina —le dije.

—No te lo puedo creer; y yo jurando que ya no estaban juntos.

A su espalda, el noticiero mostró las imágenes de un helicóptero disparando misiles. Rarísimo: parecía un espectáculo de juegos pirotécnicos: luces en el cielo, explosiones, edificios en llamas. Bajé la mirada y noté que Johanna seguía viéndome a los ojos y mordiéndose el labio inferior. Como no quería ser grosero, me esforcé en atender su charla:

—Sí, claro; es más: hoy celebramos dos años de novios.

Mi amiga arrugó las cejas dejando clara su extrañeza:

—Te lo decía porque el viernes pasado la vi... Me pareció verla... En fin, entonces fue que vi mal.

A esta parte, la televisión enseñaba el lado humano de la tragedia: muertos, ruinas, gente llorando. Me estremecí. De pronto, era mi turno: el cajero agarró las flores amarillas y digitó el precio:

—Son cuatromil quinientos pesos, señor.

Le entregué un billete; el muchacho me devolvió una moneda y me pasó las flores.

—Sí —le manifesté a Johanna sin deseo de continuar el tema—, seguro fue que viste mal.

Nos despedimos con otro beso en la mejilla. Cuando llegué a la puerta de salida, volteé la cara para hacerle un adiós de mano a mi amiga.

—Todavía tengo el mismo número de teléfono —dijo con una sonrisa coqueta.

—Bueno...

Se me ocurrió mirar por última vez hacia el televisor. Estaban pasando algo terrible: la imagen de un hombre malherido.

## 2

Puse las flores amarillas sobre la guantera del carro y arranqué. La mente se me fue llenando de fantasmas. Viernes pasado. Lo recordaba perfectamente. Martina me había comentado que iba para una reunión con sus amigas porque necesitaba terminar un trabajo de la universidad —estaba en último semestre de comunicación social y los profesores, según me dijo, habían subido el nivel de exigencia; lo cual se me hacía normal—. Ahora que le echo cabeza, en ese momento, rumbo a su casa, ya no me pareció tan comprensible. No era el día más indicado, es decir, la noche más apropiada, para estudiar. Me entró resentimiento, así que traté de pensar en otra cosa. Miré por la ventanilla: la ciudad desbordaba de luces.

El último semáforo que quedaba antes de llegar a recogerla me tocó en rojo. Tan pronto se detuvo la hilera de carros, un niño descalzo brincó sobre la cebra de los peatones y empezó a hacer malabares con tres

naranjas. Era una visión muy extraña: cerca, en primer plano, el ramo de flores; al fondo, el muchachito. Aunque no lograba explicarme el motivo, aquello me causaba una sensación deprimente. Un poco antes de que la luz cambiara a verde, el pequeño malabarista fue abordando a los conductores pidiéndoles monedas. Cuando venía hacia mí, una de sus naranjas se le zafó de las manos y rodó por el suelo; en ese instante varió la señal y una llanta la reventó. Del carro que estaba detrás mío empezaron a pitar. Tuve que seguir. Por el retrovisor vi que el niño, cabizbajo, corrió hacia el andén. Empecé a sentir que la vida me estaba jugando sucio.

### 3

Apenas estacioné, Martina abrió el portón de su casa. Vino a paso rápido y se subió al carro. Estaba radiante —tenía puesto el vestido rojo, de minifalda, que ya le había elogiado en otra cita—; de todos modos, traté de mantenerme parco. Descubrió inmediatamente el ramo de flores. Me dio un beso de picardía y se acomodó en el asiento.

—¿Amarillas?

—No había de otras —mentí.

—Mejor, ¿no?

—Supongo...

Martina se puso a acariciar los pétalos y luego se olió las yemas de sus dedos con los ojos cerrados. Al abrirlos, me miró sonriente.

—Me cepillé el cabello —dijo pasándose el revés de su mano por la cabeza—, ¿te gusta?

—Está bien.

—No sé por qué; yo sé que es una bobada, pero me siento más segura así.

—¿Y el viernes pasado también te lo cepillaste?

Se quedó pensativa durante varios segundos. Entornó los ojos, pero yo no supe si fue por duda o por nerviosismo. Tosió un poco y después me respondió:

—No exactamente.

Esa me pareció una salida inaceptable, de esas que le sirven a uno para confirmar sospechas. Sentí que se me alteraba el pulso, pero traté de ocultarlo:

—Qué significa eso, Martina.

—Nada; simplemente que me lo había hecho desde el jueves y si uno se cuida, el cepillado le dura varios días.

Esa contestación tampoco resolvía las cosas. Tal vez estaba jugando conmigo. Debió notárseme el desconcierto porque la percibí inquieta, o enojada posiblemente. Pasó un momento de silencio. Martina volvió a acariciar las flores y se tranquilizó:

—¿No vas a decirme nada del vestido?

—No está mal.

Al escuchar esto, se sobresaltó:

—¿Preferís que me lo cambie?

—Eso es decisión tuya.

En este punto, ella perdió los estribos y levantó la voz:

—Ya me dio jartera; ¿qué te pasa?, ¿por qué estás bravo?

Ahora fui yo el que se hizo oír:

—Decímelo vos: ¿tendría motivo?

Martina abrió la puerta y se bajó completamente

descompuesta. La desconocí. Tiró el ramo de flores amarillas sobre el andén y lo pisoteó. Antes de azotarme el portón de su casa, me dijo a gritos:

—¡Pensá lo que te dé la gana!

Eso traté de hacer; pero, debido a una razón que desconozco, lo único que se me vino a la mente fue el detalle la naranja reventada por el carro. Arranqué enfurecido y con la certeza de que nunca volveríamos a hablar. Así fue.

## Catalina todos los jueves

### 1

Después de lo ocurrido el jueves de la semana pasada, hoy está siendo un día especialmente malo para Catalina. Trata de concentrarse. Cuatro dientes de ajo en el mortero (*bam-bacatam*), una pizca de sal y pimienta al gusto, bien mezclados (*tracatamtanplas*). Imposible: se había acostumbrado tanto al ruido de la batería, que este silencio largo y tedioso se le parece demasiado al infierno. Ahora, la mantequilla sobre la paila de teflón, a fuego lento, para que no se arrebate; luego, la cebolla picada con el tomate, como le gusta a él (como le *gustaba, bacatam*, maldita sea, tendrá que habituarse de nuevo a conjugar en pasado). Catalina no puede evitar que el silencio le humedezca la mirada, pero sí va a omitir su nombre en cada pensamiento. El Baterista, en la memoria será el Baterista a secas y así elude uno cualquier trato cariñoso; al fin y al cabo, no se lo merece.

Había aparecido desgreñado y con ganas de comprarse un redoblante nuevo, de los electrónicos que son carísimos; claro que eso lo averiguó ella después. La invitación había sido idea de Esperanza, una vieja amiga del colegio que estaba muy emocionada porque dizque el concierto iba a ser regio; además, los músicos son unos churros, icómo se te ocurre que no vas a ir! Pero yo no conozco a nadie; y la verdad, el rock no es que me mate. ¡Pendeja!, ¿y vos creés que a mí sí? Al menos vos sos más lanzada... No me vengás con ésas, que yo me sé bien tus mañas.

Y Catalina decidió ir. Y se dio sus mañas. Tanto que, durante las semanas siguientes a la presentación, su apartamento y sus costumbres se transformaron notoriamente. Lo primero fueron los cuadros. No más bodegones bucólicos; en adelante, afiches de The Beatles (al principio se ven anacrónicos, pero después uno se familiariza). Luego, el aspecto personal. Nada de rulos y mascarillas antes de acostarse; ahora, pijamas rojas de satín suelto (con luz tenue son de gran ayuda). Y para completar, la cocina. Adiós a la comida criolla; en lo sucesivo, pizzas y hamburguesas (con todo y su fisonomía aborigen, en lo gastronómico tiene el Baterista aspiraciones cosmopolitas. Está bien: *tenía, tracamtan*, habrá que adaptarse). Por eso es que hoy Catalina ha vuelto a su vieja rutina: frijoles con ogao, como había correspondido siempre al menú de los jueves.

Antes de poner la olla, abre la bolsa, separa una semilla y la siembra en el matero de al lado. A la postre, piensa, el amor tiene esa misma condición. El asunto es aguardar el momento oportuno: un poco de tierra, los cuidados necesarios, la magia de la humedad; entonces, la pepita de frijol, después de haber permanecido almacenada durante meses, revela de pronto sus ansias de brotar. Quizás el apretón de la tierra se parezca a una caricia y el riego a una lubricación erótica; tal vez la germinación sea otra forma del orgasmo. Punto. Ya no más, Catalina; mejor que regresés a los menesteres culinarios. Observa los utensilios sucios, dispersos sobre el mesón, y decide organizarlos. Abre la llave del lavaplatos: el agua está fría. Comienza a sobar la esponja sobre la tabla de picar, con furia,

y la espuma se desborda. Seguidamente, al chorro. Así está perfecto: todo limpio, como debe ser.

Aún no termina con los trastos y la ausencia vuelve a hacer de las suyas en el alma de Catalina. Estriega las cucharas, pero su mente se niega al silencio (*turuluntun*). Continúa con los dos tazones de mezclar salsas (*tumtun-tan*). Por fin, el cuchillo (*iplas!*, tenía que ser, sólo hace falta un medio descuido y ya está). Catalina se lleva el dedo a la boca y lo succiona con fuerza, casi con avidez. Comprueba que la rabia y la sangre saben a lo mismo. Otra vez pone la mano bajo el chorro: apenas se asoma lo rojo por la herida, ahí mismo lo barre la fuerza del agua. Así es todo en la vida, eso se sabe; sin embargo, mientras pasa el dolor, si sentís que el llanto te desborda, es mejor no contenerse. Catalina se abandona al capricho de sus ojos. Hubiera querido que las cosas fueran de otra manera, pero es claro que ya no hay nada que hacer. Vuelve a chuparse el índice: maldito Baterista, el filo de la ausencia hiere más hondo todavía.

## 2

Desde el comienzo, ambos sabían que la cuenta sería regresiva, como una bomba de tiempo. No hablaban de ello porque nadie quiere abordar temas dolorosos mientras haya posibilidad de esquivarlos; pero, sobre todo, porque cada uno decidió dar por hecho que el otro aprobaba sus razones. Sentían que era mejor así. A él le gustaba pensar que Catalina estaba de acuerdo en recibir sexo como pago por favores y atenciones (*tic-tac-tic-tac*); a ella, que el

Baterista también pensaba en el amor como algo a lo cual se accede a través de méritos. A Catalina le encantaba suponer que él soñaba con el amor eterno (*tac-tic-tac-tic*); al Baterista, que ella comprendía perfectamente la diferencia entre amor y sexo. Había otra cosa igualmente inconfesada pero en la cual sí coincidían plenamente: los dos sospechaban que la detonación final ocurriría durante el próximo cumpleaños de él (*iboom!*).

En este nuevo *affaire*, Catalina había tenido que variar sus tácticas. Lo de regalar lociones y ropa fina quedó en el pasado, pero esto no favoreció su economía. Cada fin de mes, para celebrar uno más de haber conocido al Baterista, sobrevenía la compra de cencerros, afiches, cigarrillos importados, baquetas, zarcillos y un montón de cachivaches. Por su parte, el huésped, cuando no se aplicaba a los *drums* (*traca-tamtan-plas*), dormitaba. Y hasta se decía que pasaba feliz en la casa, de no ser por una labor inexcusable: sus deberes de consorte. Ahí las cosas se ponían un poco tensas, porque quién puede concentrarse en algo con este dolor de cabeza. Pero yo tengo mucho frío y vos no ponés de tu parte. Es que no es un problema de voluntad, ¿no me ves como estoy de enfermo? Entonces, Catalina empezaba su lloriqueo y el rockero comprendía que no tenía escapatoria. Así que sacaba de su bolsillo un moño chiroso de la Sierra Nevada, armaba con él un pitillo y, al cabo de unas cuantas lumbres (*suip-suip-suip*), ya se sentía dispuesto para la pasión. Con todo, aún le faltaba sortear lo peor: la máxima agitación de ella y sus alaridos estrepitosos. El Baterista cerraba los ojos y se esforzaba en imagi-

nar un tren maravilloso descendiendo desde el cielo por sus rieles multicolores y trayendo, sonriente, a un ángel guardián: John Lenon. Son pocas las fantasías que logran salvar del asco a un pobre desgraciado.

Hasta que por fin llegó su cumpleaños, precisamente el jueves de la semana pasada (*tic-tac-tic-tac*). Aunque la suerte estaba echada, Catalina hizo un último intento. Compró papel brillante y fabricó una envoltura preciosa, capaz de fascinar al más indolente. La tarjeta había sido timbrada, por encargo suyo, con una foto del cuarteto mágico durante el último concierto en Liverpool. Para rematar, un moño psicodélico que ella tejió con sus propias manos ceñía el paquete de previsible redondez. Y vino el momento (*tac-tic-tac-tic*). Mientras el Baterista apagaba las velas de la torta, ella abrigó alguna esperanza; sin embargo, tan pronto como destapó su redoblante nuevo, él la miró a los ojos y todo estuvo claro: había en su gesto tal mezcla de repugnancia, lástima y gratitud, que esta vez fue Catalina quien reclamó la marihuana para facilitar las cosas (*suip-suip-suip*). El rockero le hizo el amor y, cuando se disponía a marcharse, ella partió el pastel de chocolate que había decorado con tanto esmero y lo sirvió. Él comió y luego pasó lo que tenía que pasar (*iboom!*).

Ahora, ella no tiene más remedio que cocinar para sí misma, lo cual revela su arribo a la cúspide del desamparo. Abre la alacena buscando especias y se descubre reflejada en el vidrio de la puerta. Una lágrima le desdibuja su imagen. Quisiera ver una simple hortelana, febril plantadora de fríjoles; pero lo que allí aparece, entre nudos y ardidés culinarios, es un

rostro de araña suspirando por la ausencia de otro moscardón malogrado. Necesita superar este despecho ocioso. Busca con urgencia un hilillo de entretenimiento para saltar desde su hastío y conseguir un poco de sosiego. Se dirige entonces al patio para trasplantar los retoños del matero. Remueve la tierra y hace un nuevo surco en el pequeño huerto que allí cultiva. De pronto, algo interrumpe su laboriosidad: desde la calle se ha colado el sonido de una campanilla redentora (*itin-tilín-tilín!*). Catalina corre hacia la ventana de la fachada y se asoma. Afuera hay un hombre, moreno y colosal, conduciendo una carreta de mano que rebosa de frutas tropicales. Ella lo llama y sale rápidamente para averiguar calidades y precios.

### 3

Salvo algunas magulladuras menores, cada fruta está intacta. El negro parece amable y lo confirma cuando le alcanza un mango maduro, pero remata el ofrecimiento con una sonrisa desdentada y ella se decepciona. Mientras baja la mirada, advierte la figura corpulenta del frutero y recobra el entusiasmo. Nada es perfecto en este mundo, piensa; así que más vale corresponder el gesto afable del hombre con la dulzura de su conversación. Ensayo un abanico de temas que alterna involuntariamente con suaves mordiscos a su índice: de los precios del mercado a la corrupción política (él asiente con la cabeza, sin comprender mayor cosa), del aburrimiento cotidiano a este solazo que está haciendo (él se pasa la mano por su frente sudorosa, *izluish!*, para corroborar lo que es-

cucha), de la inseguridad del país a las inclemencias de la soledad (acaba de notar que a ella le ha ocurrido algo en el dedo y se acerca para observárselo detalladamente). Catalina interrumpe su perorata: es que me corté.

El hombre permanece silencioso. Al volver sus ojos hacia la carreta, ella se percata de que las frutas están perfectamente clasificadas y de que sobre cada especie hay un letrero de cartón, burdamente cortado, indicando el precio por libra. Él toma una bolsa plástica del paquete que se halla en la esquina de los manubrios y ella aprovecha el instante para inspeccionarlo de pies a cabeza. Su rostro luce bien afeitado y, pese a la cantidad de sudor que lo recorre, sus rasgos se ven tan finos que un poco mejor vestido podría resultar simpático. Cuando se dispone a ofrecer lo que vende, el negro inicia una danza de movimientos que oscilan entre la brusquedad y el esmero, la rudeza y la precisión. Catalina se sorprende. No puede hablar, piensa; o sea que ha de tener una fuerza descomunal, como todos los mudos. Decide acercársele con el pretexto de mirar las frutas y así, sin querer (*izluish!*), le toca el brazo emparamado, cobrizo, fornido. Ahora, se mira la palma de su mano, que ha quedado mojada, cerciorándose de que él lo advierta. Lo que pasa es que hace rato preparó un jugo de tamarindo delicioso y lo puso en la nevera: debe de estar helado (ella hace señas, como puede, con su pulgar, orientándolo hacia su boca, subiendo y bajando el codo). ¿La puede oír? El hombre asiente con la cabeza. Perfecto. Tal vez quiera beber un poco y refrescarse. Él vuelve a sonreír, amablemente (ella

hubiera preferido que manifestara su agrado de otra forma; pero, bueno, qué se le va a hacer).

Catalina se dispone a subir por un vaso de jugo, pero acaba de ocurrírsele algo mejor (*itin-tilín-tilín!*). Sí: sucede que tenía un invitado a almorzar y, claro, ella cocinó un almuerzo delicioso (fríjoles con ogao). Todo iba muy bien hasta que, hace un momento, la llamaron para cancelarle la cita. Y la verdad es que ha sido una mala noticia, porque a nadie le gusta comer solo; a mí por lo menos ésa es una de las cosas que más me chocan en la vida, ¿a usted no? En fin, pensándolo bien, no es que todo esté perdido, porque si le parece, quizás, podría ser... El frutero se sorprende con la insinuación, pero la considera muy seriamente. Observa a la señora: se ve ilustre, sobre todo por el collar de oro que luce en su cuello; sin embargo, hay un problema. El negro vuelve la mirada sobre su carreta y Catalina se adelanta a la objeción, porque bien pueden almorzar con la ventana abierta y así cuidan perfectamente las frutas. Él está de acuerdo y sigue, tras ella, por el zaguán. Mientras va entrando, en la espalda del hombre se nota, a la altura del cuadril, la cache de un cuchillo que sobresale de su envaine.

#### 4

Han pasado tres meses desde su primer almuerzo juntos y el frutero ya comprende la mecánica del trueque. El hecho es que cada jueves consigue buena comida sin los tropiezos de otros días. Y ha recibido más beneficios. Cuando se cumplió el primer mes, Catalina le regaló un transistor portátil que ahora

lo distrae cotidianamente en sus recorridos; cuando completaron el segundo, le dio un reloj de pulso que él ha estado a punto de empeñar en varias ocasiones (*tic-tac-tic-tac*). Hoy se celebra el tercero y ella está organizando la mesa para servir los frijoles con oga; pero está de mal humor porque acaba de confirmar una sospecha: sus cubiertos de plata, los del juego que sólo utiliza en ocasiones especiales, están incompletos (*tac-tic-tac-tic*). Necesita tranquilizarse y para ello se dedica a regar el matero de la cocina. Después decide, aprovechando que aún no llega su invitado, preparar uno de esos pasteles de chocolate que tanto le gusta decorar.

A las doce en punto se escucha la campanilla (*itin-tilín-tilín!*). Catalina abre la puerta y el negro entra con una piña entre sus manos. Trae además una gran expectativa porque sabe perfectamente que hoy es día de celebración. Con todo, durante los últimos jueves, la impaciencia le ha estado inundando el ánimo (al principio sentía como una filtración de agua que anegaba de a poco el pequeño bote de su corazón: *click... click... click...*; pero con el transcurrir de las semanas, al no haberse corregido el defecto oportunamente, ya la pequeña embarcación está por naufragar). Sí: la señora no pone de su parte para mejorar las cosas y se ha empeñado en mantener demasiado lento el cuentagotas de las dádivas (*click... click... click...*). Y todo está a punto de empeorar. Al llegar a la mesa, luego de haber saludado, el frutero se sobrecoge: encima del comedor no hay más que platos. Ni paquete, ni caja, ni envoltorio, ni nada. Ella guarda silencio durante el almuerzo. Sabe que es me-

jor así. Desde el comienzo ha percibido la respiración agitada del comensal y, antes de que la ofuscación lo desborde, se apresura a servirle el postre. En efecto, apenas termina de comerse los frijoles, él prosigue a devorar la torta con su acostumbrada inelegancia. Se saborea. Mientras lo hace, examina el entorno una vez más, tratando de no resultar evidente. Hay demasiadas cosas que lo estimulan: candelabros de bronce, cubiertos de plata, porcelanas chinas, pequeños electrodomésticos.

Ella se pone de pie, recoge la loza y se dirige hacia el lavaplatos. Sin atreverse aún a pronunciar palabra, se da al oficio de la limpieza. Abre la llave y sus manos tiemblan al contacto con el agua fría. Evita coger los cubiertos: no querría ningún accidente ahora (*tic-tac-tic-tac*). El negro entra a la cocina. Para pelar la fruta que ha traído, desenvaina su cuchillo. Luego se dispone a trozar la piña en rebanadas; pero no logra concentrarse en su labor porque, cada que levanta su mirada hacia la señora, el collar de oro captura su atención (*tac-tic-tac-tic*). Catalina siente que transita por el borde de un abismo; así que decide buscar seguridad, serenar la estancia. Entonces, sigilosa, cariñosamente, se acerca al frutero y, con el revés de su mano, le acaricia el rostro. Pero el hombre desata su furia y reacciona dándole un estrujón violento. A pesar de que un escalofrío le recorre el cuerpo, en un primer momento ella trata de no perder los estribos; sin embargo, tan pronto se percata de que el filo del cuchillo apunta en su dirección, no tiene más remedio que emprender la huida.

## 5

Va hacia el comedor y el negro corre tras ella, derribando a su paso porcelanas, candelabros y el matero de los frijoles (*itrash-cluinc-sploom!*). Antes de que pueda alcanzarla, ambos han dado varias vueltas en torno a la mesa (él sin evitar los destrozos y ella sin contener los gritos). Catalina trata de encontrar las palabras adecuadas para tranquilizarlo, porque si lo que quiere son las cosas de valor, nadie tiene por qué salir lastimado; en serio: puede llevarse lo que quiera, pero guarde ese cuchillo. Él responde con un tajo al aire, por encima de la mesa, que casi logra alcanzarle el pecho. Entonces, repentinamente, el frutero se detiene y se lleva las dos manos al estómago (en medio del ardor que siente en las entrañas, comienza a ver, enfrente suyo, grandes manchas oscuras que van creciendo y se van juntando hasta convertir el mundo entero en una gran mancha negra). La suerte está echada, piensa Catalina. No se había equivocado en sus pronósticos. Por fin, pasa lo que tiene que pasar: el hombre colosal se desploma sobre el comedor (*itrash-cluinc-sploom!*).

Al final de la tarde, Catalina está todavía en el patio. Acaba de terminar su labor allí. Un nuevo promontorio de tierra está removido y listo para la siembra, así que hoy se siente más hortelana que nunca. Tendrá que conseguir otro matero para usarlo como almáciga, piensa. Está exhausta luego de tanto trabajo y se pasa la mano por su frente sudorosa (*izluish!*). De pronto, desde el fondo de la casa, un nuevo sonido la reclama (*rin-rin-rin*). Ojalá sea Esperanza con

alguna de sus proposiciones raras (la verdad es que está necesitando urgentemente un poco de diversión). Catalina corre a contestar y, antes de ponerse al auricular, se para por un instante a observar en lo que ha quedado convertida su mesa. Pensándolo mejor, si se trata de alguna invitación va a tener que desecharla porque aún tiene mucho oficio por hacer. Incluso, cuando acabe con el aseo, lo más indicado sería irse de compras para reponer los trastos rotos (*rin-rin-rin*); en fin: ¿aló?



Universidad  
del Valle

## Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez  
Cali, Colombia

Teléfonos: 57(2) 321 2227 - 57(2) 339 2470  
<http://programaeditorial.univalle.edu.co>  
[programa.editorial@correounivalle.edu.co](mailto:programa.editorial@correounivalle.edu.co)